

COLUMNA OPINION

El costo de llegar: movilidad y salud mental en Chile

En el debate económico, el alza de combustibles suele leerse como una variación del IPC o un ajuste del MEPCO. Esta mirada omite un efecto persistente: en Chile, la movilidad es una fuente de desgaste cotidiano que redefine el bienestar.

Ante la pregunta de si los usuarios dejan el automóvil cuando sube la bencina, la respuesta es no. No por falta de voluntad, sino por falta de alternativas. Con más de 6,5 millones de vehículos (INE), el auto dejó de ser un bien aspiracional para volverse una infraestructura obligatoria en ciudades segregadas. Sin transporte público eficiente, el alza de costos no genera un ajuste de consumo, sino una resignación profunda y la pérdida de control sobre el propio destino.

El trabajo híbrido no ha aliviado esta carga. Al reducirse la frecuencia de traslados, los costos dejan de diluirse en la rutina y pasan a tensionar directamente el presupuesto familiar. Según la Encuesta de Presupuestos Familiares, el transporte absorbe cerca del 15% del ingreso en sectores medios, transformando la movilidad en un estrés financiero permanente.

Este costo no es solo transaccional. La logística de “llegar”, que incluye combustible, horarios y, en varios casos, incluso peajes, actúa como un desgaste silencioso. Es un “ruido de fondo” cognitivo que afecta la concentración, el desempeño laboral y la disponibilidad emocional al volver al hogar.

Desde el género, el impacto es crítico. La Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo muestra que las mujeres concentran los “viajes en cadena”: trayectos fragmentados asociados al cuidado, como traslados escolares, controles de salud o abastecimiento. Para muchas, especialmente en la periferia de la Región Metropolitana o en regiones, el automóvil es la única forma de sostener esa coordinación diaria. En este contexto, el alza de los combustibles funciona, en la práctica, como un impuesto directo a las tareas de cuidado.

Fuera de la capital, la falta de sistemas integrados obliga a una motorización forzada. Aquí, la distancia hogar-trabajo es una expresión de desigualdad territorial que las políticas públicas no han corregido.

Esto obliga a ampliar la noción de ingreso. No basta mirar el salario nominal, sino también el costo de acceder al trabajo, tanto en dinero como en salud, lo que reduce el salario real. Trabajar se está volviendo más caro. La movilidad es un determinante del bienestar: un trabajador agotado antes de iniciar su jornada ya tiene su salud mental comprometida. Lo que está en juego no es solo el precio de la bencina, sino la sostenibilidad de un modelo que traslada sus rigideces a la vida de las personas y a la productividad de las organizaciones. Cuando llegar a trabajar se vuelve un desgaste, el problema ya no es el transporte sino el modelo.



María Angélica Montecinos
Académica Carrera de Psicología
Universidad Autónoma de Chile - Talca